

[15] Memoria de volcanes

Elsa López

La Palma es una memoria viva de volcanes. Ella lo es. Mires hacia donde mires la perspectiva es la misma: cráteres a flor de piel, extraños montículos que recuerdan los restos aún calientes de la última erupción, caminos de lava, el color, la arena negra, las cadenas de montañas. Como en el cuento de *El principito*, si uno se sienta a contemplar la isla desde una altura lo suficientemente literaria como para abarcar todo ese territorio, lo que ven sus ojos es el resultado de múltiples erupciones. La isla ya no es el resultado de un cataclismo tras otro, ahora es un paisaje lleno de vida que duerme tranquilo y ha sabido olvidar. A veces me preguntan, con cierto resquemor y algo de envidia, cómo podemos seguir viviendo sobre volcanes, o, lo que es más grave y más cruel por parte de mucha gente, cómo hemos construido un paisaje humano sobre posibles campos que pueden volver a reventar. Hay varias respuestas, pero yo solo tengo una: el mundo entero está construido sobre terrenos en los que siempre es posible una erupción, un cataclismo, una inundación, un terremoto. Ciudades enteras duermen tranquilas sobre verdaderos polvorines. Y no lo saben. Nosotros lo sabemos y a pesar de ello hemos roturado las tierras sobre antiguas lavas, hemos plantado viñas, huertas, cosechas de tomates, de trigo y cebada, campos enteros de plataneras. Así somos. Y no miramos lo que está debajo vigilando nuestros pasos. Miramos hacia arriba con la misma entereza que nuestros antepasados se dejaron guiar por las estrellas y los cambios de las mareas en cada ciclo agrícola.

Somos volcán y como tal construimos nuestro universo. Y no nos damos cuenta, pero la lava preside nuestras construcciones rurales, y cuando las pequeñas ciudades surgen (tampoco ellas lo saben) lo hacen utilizando piedras lunares, picón y arena negra. Se levantan iglesias, torreones, casas de labranza, circuitos deportivos, chiqueros para los animales, graneros para los cereales y todo lo que nos hace falta utilizando los restos de lo que un día fue una tragedia para muchos, pero aquí seguimos. Y seguimos caminando por veredas que nos conducen a la boca de un viejo volcán que parece dormido; y seguimos sentándonos en lo alto de una ladera que no es otra cosa que la boca abierta de otra erupción más antigua aún. Y escribimos versos sobre el color de la arena y nos traemos para casa una piedra de basalto para colocarla en un rincón y contemplarla como si fuera una escultura del mejor artista. Y soñamos con la fertilidad de unas tierras que otros darían por muertas y recorreremos los ríos recientes de lava sin rencor alguno y con la mirada puesta en el futuro de esta isla que ha renacido una vez más de sus propias cenizas. Y a pesar del dolor de muchas pérdidas que nos hacen daño, miramos con cierto cariño y sobresalto la última boca, el último montón de tierra que ha formado el nuevo volcán de Cumbre Vieja. Y soñamos, sí, soñamos con volver a reverdecer sobre esa mancha negra que ahora aparece señalada en un lateral de nuestro único mapa.